

EL TIEMPO VIVIDO

SVENJA O'DONNELL



La guerra de Inge



UNA MUJER ALEMANA,
SECRETOS DE FAMILIA Y SUPERVIVENCIA
EN LA ALEMANIA DE HITLER

CRÍTICA

SVENJA O'DONNELL



La guerra de Inge

Una mujer alemana, secretos de familia
y supervivencia en la Alemania de Hitler

Traducción castellana de David Paradela

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2020

La guerra de Inge. Una mujer alemana, secretos de familia y supervivencia en la Alemania de Hitler

Svenja O'Donnell

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Inge's War. A Story of Family, Secrets and Survival Under Hitler*

© Svenja O'Donnell, 2020

© de los mapas, Emily Faccini, 2020

© de la traducción, David Paradela, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-245-5

Depósito legal: B. 15.973-2020

2020. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas, S.A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

El pequeño álbum negro

Hay una fotografía de mi abuela, tomada cuando tenía veinticinco años, que mi madre me mostró cuando yo todavía era una niña. Los bucles, oscuros, sujetos bajo un pañuelo de seda; el rostro, redondo, de pómulos eslavos. Era guapa y lo sabía. La suya era una belleza delicada que conservó durante toda la vida, pero en aquella fotografía había algo difícil de definir. Aunque los labios sonreían, en sus ojos se insinuaba un desafío y un recelo propios de una mujer de más edad. Por entonces ya era madre, había amado, perdido su hogar, huido y reconstruido su mundo a partir de cero. Quería volver a empezar, llevar una vida normal, sin las convulsiones ni los traumas que había dejado atrás. Cuando vuelvo a mirarla, sabiendo lo que ahora sé, pienso en cómo debía de ver el futuro entonces, tan joven y con tantas vivencias ya a su espalda.

Mi abuela y su esposo vivían en Kiel, en la costa báltica de Alemania, donde se criaron mi madre y su hermana, Conny. Desde que nos marchamos a París, mi hermano y yo solo los veíamos un par de veces al año. Les hablábamos en alemán, porque ellos no hablaban otra cosa. Todo el mundo se refería a ellos como Mutti y Vati, que en alemán significan «mamá» y «papá». Pese a su maternal apodo, mi abuela siempre mantuvo las distancias con sus nietos. Era una mujer más dada a la crítica que al elogio. La relación entre

34 mi madre y ella no era especialmente cercana. A los dieciocho años, mi madre metió sus cosas en un coche y se fue a París, de donde ya no volvió nunca. Kiel, me decía, era una ciudad en la que nunca había acabado de encajar y en la que la gente la hacía sentirse como una advenediza. Sus palabras solo empezaron a cobrar sentido mucho más tarde, emprendida ya mi búsqueda.

No vi a mi abuela hasta pasados unos meses de mi viaje a Kaliningrado. Había regresado a Moscú llena de curiosidad por su emotiva reacción y preguntándome qué sería lo que quería contarme, pero mis obligaciones periodísticas enseñada dejaron todo aquello en un segundo plano. Cuando volví a casa por vacaciones decidí pasar unos días en Kiel visitando a mis abuelos, y fue entonces cuando recordé el extraño momento que habíamos compartido y las preguntas que había hecho nacer en mí. Ahora quería respuestas.

Llegué a su casa, un apartamento pequeño pero confortable en un bloque de pisos moderno, a tiempo para el ritual diario del café de la tarde. Vati, alto como un pino, me recibió con un fuerte abrazo, mientras que mi abuela, más fría, me saludó con un beso en la mejilla. Me acompañaron al jardín, donde me enseñaron orgullosos su nueva adquisición, una *Gartenhaus*, una suerte de cobertizo en plan elegante en el que habían instalado una mesita y cuatro sillas acolchadas para poder cenar al fresco en una ciudad donde generalmente el viento del Báltico impide permanecer demasiado tiempo al aire libre. Se encontraba al fondo de una extensión de césped que compartían con el vecino, desprovisto de plantas salvo por un único arbusto bien cortado. La madera de la *Gartenhaus* era nueva y todavía olía a savia de pino y barniz fresco. Las venecianas de las ventanas eran de color verde bosque. Nos sentamos —con los

codos pegados al cuerpo, pues el espacio era más bien reducido— y me fijé en que el dibujo de la tela de las sillas, una franja verde, hacía juego con las tazas de café.

Todo era pulcro y predecible; nada hacía pensar en la emoción que mi abuela había traslucido, apenas unos meses antes, al llamarla desde Kaliningrado. Sin embargo, algo había cambiado. Lo noté en el tacto de su mano al llegar a la casa, en la ilusión que le hizo el chal ruso que le regalé: la sensación nueva e indefinible de nuestro espacio compartido. Se había abierto una puerta, aunque solo fuera un resquicio, que comunicaba con un pasado que hasta entonces había permanecido silenciado. El instinto me decía que lo mejor era proceder con cautela, así que me tomé mi tiempo y esperé.

Se fueron a dormir temprano y me dejaron sola en el salón. Abrí el sofá cama y contemplé a mi alrededor los álbumes de fotos, los retratos y demás signos de una larga vida familiar compartida: mi madre y su hermana en sus respectivas bodas; mi hermano y yo recibiendo nuestros diplomas universitarios; Vati de vacaciones al timón de un barco. No se veían demasiados adornos; cada tres años o así, a mi abuela le daba por tirarlo todo y volver a empezar.

Examiné los estantes en busca de algo para leer y saqué un grueso volumen sobre castillos alemanes, de esos que se ponen en la mesita de centro para hacer bonito. Al rato me entró un poco de frío y, al ver el chal ruso colocado sobre una butaca, me levanté por él. De entre los pliegues cayó un pequeño álbum de fotos de piel negra. Constaba de una veintena de páginas y dentro había un sobre con una tarjeta de bordes negros: un recordatorio del funeral de mi bisabuela Frieda, fallecida en 1968, y un recorte doblado de un periódico alemán con fecha de

36 1995. Lo desplegué y leí el titular: «Noche de muerte en el mar Báltico».

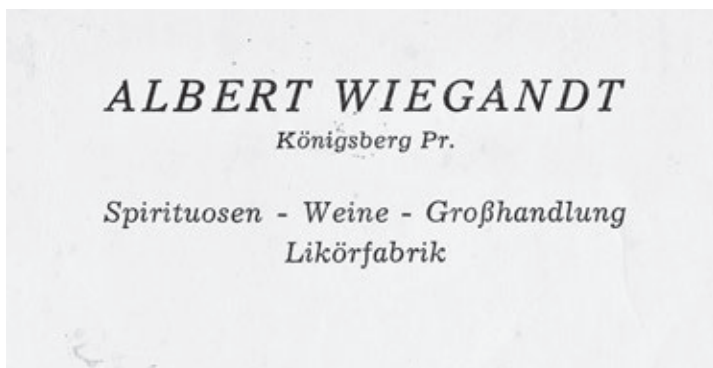
Era un artículo conmemorativo del cincuenta aniversario del hundimiento del *Wilhelm Gustloff*, un buque torpedeado por el Ejército Rojo en enero de 1945. El periodista enumeraba los hechos con lúgubre meticulosidad: el barco transportaba a unos cuantos soldados, pero la mayor parte de sus diez mil pasajeros eran civiles, mujeres y niños que huían del avance soviético en Prusia Oriental. Se hundió en el mar Báltico en pleno invierno y solo hubo unos pocos cientos de supervivientes. Ya antes había oído hablar de esa tragedia y sabía que mi madre, mi abuela y sus padres también habían escapado de Königsberg por vía marítima, a bordo de otro barco. Quienquiera que hubiera recopilado todo aquello ¿había guardado el artículo junto al recordatorio de la muerte de Frieda como señal de la suerte que había tenido al sobrevivir? Dejé el sobre y su contenido a un lado y abrí el álbum.



La confirmación de Inge.

En la primera hoja no había más que una inscripción en tinta verde: *Unsere Omi* («nuestra abuela»), en la que reconocí la caligrafía de mi madre. La primera fotografía ocupaba una página entera: un retrato de grupo con ropa formal en el que se veía a una muchacha adolescente vestida de blanco, a la cual identifiqué como mi abuela, sentada en el centro de la primera fila. El corazón me dio un vuelco al leer el pie: «Königsberg, abril de 1939», cinco meses antes del comienzo de la guerra. Miré el resto de las fotografías. No había muchas más de aquella época, quizá seis, en blanco y negro, imágenes muy desvaídas de la vida cotidiana, y una vieja tarjeta de visita de gran formato en la que ponía: «Alfred Wiegandt, Königsberg Pr. Licores, Vinos, Venta al por mayor, Destilería propia». Un grupo de personas caminando por un paisaje desconocido de dunas en algún lugar de la costa, un pie de foto que identificaba el lugar por el antiguo nombre prusiano de «Rauschen», los hombres con traje de verano y las mujeres con vestidos de algodón. Cinco personas sentadas en torno a una mesa decorada con un mantel y un jarrón de flores; una de ellas era Frieda, sonriendo desde una butaca de piel en una de las esquinas. El retrato de un hombre de porte distinguido de cierta edad, con bigote a lo káiser Guillermo: *Onkelchen* («tío»). Giré la página; la fecha saltaba directamente al año 1962.

Volví a mirar la primera foto de grupo. La estampa era demasiado formal para ser un cumpleaños; las flores de invierno y los adornos dispuestos en el carrito, cuidadosamente colocados frente al grupo, le conferían cierto aire solemne. Al fondo se veía a un par de hombres jóvenes algo aburridos; otro, vestido con uniforme de la Luftwaffe, la fuerza aérea alemana, posaba de pie al lado de una muchacha con un traje de satén blanco y un prendido de flores, mirando a la cámara. La gente de más edad parecía como



Tarjeta de visita de Albert.

fatigada. Mis bisabuelos estaban sentados a ambos lados de su hija, Frieda con un vestido oscuro de cuello blanco con volantes, y Albert con pajarita blanca y el bigotillo recortado con ese estilo que se haría tan tristemente famoso por culpa de Hitler. Inge tenía el pelo recogido alrededor de la cabeza con unas trenzas gruesas y anticuadas que la hacían parecer mayor de catorce años, y llevaba un vestido de gasa blanca con el cuello bordado. Su postura denotaba la torpeza típica de la adolescencia: los hombros caídos, atrapada en un cuerpo que todavía no era el de una mujer pero tampoco el de una niña. Reconocí en su expresión el recuerdo de mis años adolescentes: una mirada aburrida y rebelde.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, mi abuela reparó en el álbum, que se había quedado encima de la mesita. Sonrió y se sentó en el sofá, lo abrió por la primera página y me indicó que me sentase a su lado. Entonces empezó a hablarme de aquel mundo perdido.

Era abril de 1939. Llevaban semanas planeando la fiesta e Inge no veía el momento de que se acabase, a pesar de que todavía faltaba la cena. Su madre y la modista habían



Albert y Frieda en casa.

supervisado con lupa todos y cada uno de los detalles de su vestido de confirmación, desde la organza de seda al bordado del cuello, pero a Inge le parecía que el resultado era un atuendo anticuado y sin gracia. Había visto el traje que quería en una de las revistas de moda que ella y su amiga Lotte se pasaban horas mirando cuando la hermana mayor de esta terminaba de hojearlas. Aparecía en un reportaje sobre los modelos favoritos de las estrellas de cine: un diseño largo y elegante de satén color albaricoque, con escote de corazón, mangas que apenas cubrían los hombros, falda drapeada en la cadera y bajos de sirena. Inge había recortado la foto con cuidado y se la había enseñado a Frieda con temor reverencial.

—*Liebchen* —había dicho su madre riéndose—, ¡todavía eres demasiado joven para ponerte un vestido como este! Además, la confirmación es una ocasión formal, no una fiesta de la farándula.

Frieda les había contado el incidente a sus amigas y las carcajadas se habían oído desde el otro lado de la puerta del salón.

Las mejillas le ardían al recordar aquellas risas mientras esperaba a que la ceremonia terminase en la iglesia. El pastor era el único que la había hecho sonreír al decirle lo bonita que estaba.

—¡Dentro de poco tendrás tu primer vestido de fiesta! —le dijo guiñándole el ojo.

El pastor era un hombre corpulento cuyo imponente físico atemperaban unos modales joviales y amistosos. Los padres de Inge siempre hablaban de él con afecto y respeto, aunque en los últimos tiempos, en casa, había oído que su padre le decía a Frieda en voz baja que el pastor debería andarse con más cuidado. Inge no sabía a qué se refería, pero sospechaba que debía de ser por el tipo de sermones que había empezado a dar durante los servicios dominicales.

Los Wiegandt eran luteranos, la fe mayoritaria en Königsberg, una rama más bien sobria del protestantismo que no exigía mucho más que frecuentar la iglesia los domingos. A diferencia de muchos, su pastor hacía gala sin tapujos de sus sólidos principios cristianos. Desconfiaba de la retórica xenófoba del nazismo y de los cientos de decretos con que los nazis habían restringido la vida pública y privada de los ciudadanos judíos durante los seis años que llevaban en el Gobierno. Era incapaz de mirar a otro lado ante la quema de sinagogas, el destrozo de comercios judíos y la persecución de todos aquellos grupos a los que hostigaban por no encajar en su credo. Desde que Hitler se había hecho con el poder, los sermones del pastor habían cambiado. Ensalzaba más que nunca las virtudes de la paz y la tolerancia, y su oratoria se enardecía a medida que pasaban los meses. Ahora los servicios terminaban siempre con una

modificación del último versículo del padrenuestro. Los Wiegandt esperaban al final de la oración con los ojos cerrados, sin atreverse a alzar la vista ni a mirarse entre ellos mientras el pastor se dirigía con toda la fuerza de su voz a cualquier nazi que se hallase presente. Esa mañana, durante la confirmación, lo había vuelto a hacer al ver al primo segundo de la madre de Inge con su uniforme de la Luftwaffe, asido del brazo de su elegante esposa.

—Mas líbranos de este mal.

Albert había arrugado el ceño nada más ver aparecer al joven. Frieda había tratado de calmarlo al ver que alzaba la voz y decía: «Estos chicos se creen que la guerra es un juego». Inge sabía que su padre había combatido en la última guerra. Todavía renqueaba por culpa de un fragmento de metralla incrustado a la altura de la rodilla y que le provocaba ataques de reuma. También sabía que su madre había sido enfermera en el frente oriental, aunque no se imaginaba a ninguno de los dos en medio de una batalla. Aquella imagen romántica no concordaba con sus serios y respetables padres de mediana edad. Las raras veces que hablaban de aquellos tiempos lo hacían con terror, pero para Inge la idea de la guerra resultaba cuando menos emocionante en comparación con la insulsa vida que llevaban ahora. Además, su primo estaba muy guapo con su uniforme de piloto y su rubia esposa, con aquel vestido de satén blanco, como las mujeres que salían en las revistas.

Pensó que si el tío Max contaba un chiste, su padre se tranquilizaría un poco. Entonces sintió un agujonazo al recordar que el tío Max ya no estaba con ellos. En realidad no era familia, sino el mejor amigo de su padre, pero desde pequeña siempre lo había llamado «tío». Tenía una sala de fiestas en el centro de la ciudad, a la que la gente más elegante de Königsberg iba a beber, cenar y bailar. Un martes de cada dos, Max, Albert y otros dos amigos de toda la vida

42 se reunían por la noche en una salita privada del local para jugar al ajedrez y hablar de política lejos de oídos indiscretos. Inge le había preguntado a su madre de qué conversaban tanto tiempo y por qué a menudo su padre volvía a casa preocupado e inquieto. «De política —le había dicho Frieda—. Mejor no meterse.» Inge sabía que sus padres no le tenían demasiado aprecio a Hitler, aunque se andaban con cuidado cuando hablaban de él con otra gente. Su madre le había explicado que era peligroso ir diciendo por ahí, incluso a los amigos, lo que pensaban de él. Max, sin embargo, se negaba a disimular. «No pienso hacer ese saludo simiesco que nos obligan a realizar», solía decir.

Un año antes, su padre había regresado temprano de una de esas reuniones y, con la cara desencajada de los nervios, le dijo a Frieda que se habían llevado a Max. Se sentó en el sofá con lágrimas en los ojos y, mientras su mujer lo rodeaba con el brazo, le explicó lo que le había dicho el encargado de la barra. El sábado anterior, un nazi prominente había ido a cenar al local. Él y otros dos hombres se habían acercado a Max y lo habían saludado diciendo «*Heil Hitler!*» y levantando el brazo; el barman creía que lo habían hecho a propósito, ya que las opiniones de Max sobre los nazis eran bien conocidas. «*Herr Max* se levantó el sombrero, como hace siempre —había dicho el barman—, y les devolvió el saludo diciendo: “Buenas noches, caballeros”. Por nada del mundo habría dicho “*Sieg heil*”, *Herr Wiegandt*, aunque, en fin, no deja de ser un gesto, ¡y por ahí podría haberse salvado!»

A primera hora de la noche del martes, antes de que Albert llegase al establecimiento, la policía se había llevado a Max.

—Vete a ver a la mujer de Max —le dijo Frieda.

—Sí —respondió Albert—. Pero a partir de ahora debemos tener mucho cuidado.